

ROBERT WALSER

LOS HERMANOS TANNER



«¿Acaso Simon Tanner no vagabundea, nadando en la felicidad, para no producir nada, a no ser el goce del lector?»

Franz Kafka.

De 1905 a 1913 el escritor suizo Robert Walser vive en Berlín, donde el poeta Christian Morgenstern lee *Los hermanos Tanner*, su primera y más celebrada novela, que recomienda al editor Bruno Cassirer: «Este hombre hablará así mientras viva y sus libros serán un extraño y fascinante espejo de la vida». Como todas las obras de Walser ésta entusiasma a críticos y escritores, pues, al igual que *El ayudante* y *Jakob von Gunten*, sus otras dos grandes novelas, retrata con excepcional intensidad el perfil errante de su autor, uno de los novelistas que más influencia ha ejercido sobre tres generaciones de escritores alemanes.

Capítulo primero

Una mañana, un joven de aspecto adolescente entró en una librería y pidió ser presentado al dueño. Hicieron lo que deseaba. El librero, un hombre mayor y de muy venerable porte, clavó una penetrante mirada en el personaje algo tímido que tenía delante y lo invitó a que hablase.

—Quiero ser librero —dijo el juvenil principiante—, es un deseo muy intenso y no sé qué podría impedirme llevar a cabo mi propósito. El oficio de librero me ha parecido siempre fascinante y no veo por qué habría de consumirme más tiempo lejos de tan entrañable y hermosa ocupación. Pues tal como ahora me ve aquí ante usted, caballero, me considero extraordinariamente apto para vender libros en su tienda, y tantos como pudiera desear vender usted mismo. Soy un vendedor nato: amable, ágil, educado, rápido, más bien parco en palabras, resuelto, calculador, atento y honrado, aunque no tan neciamente honrado como quizá parezca. Puedo hacer rebajas si veo ante mí a un pobre estudiante, y disparar los precios para hacerles un favor a esos ricachones que, sospecho, a veces ya ni saben qué hacer con su dinero. Pese a mi juventud, creo conocer un poco al ser humano, y además me gusta la gente, por muy distinta que sea. De modo que nunca pondré mi experiencia humana al servicio de la estafa, y menos aún se me ocurrirá perjudicar supreciado negocio tratando con exagerado miramiento a ciertos pobres diablos. En una palabra: mi amor por la gente mantendrá, en la balanza de las ventas, un agradable equilibrio con la razón mercantil, que tiene un peso similar y me parece tan necesaria para la vida como

un alma rebosante de cariño: sabré mantener la justa medida, puede estar seguro de ello desde ahora.

El librero miraba al joven con una mezcla de asombro y atención. Parecía albergar dudas sobre si su interlocutor, que tan bien hablaba, le había o no causado buena impresión. Incapaz de juzgarlo adecuadamente, y un tanto confundido por él, sólo atinó, en medio de su desconcierto, a preguntar afablemente:

—¿Podría informarme sobre usted, mi estimado joven, en el lugar apropiado?

El interpelado repuso:

—¿En el lugar apropiado? No sé a qué llamará usted «el lugar apropiado», pero me parecería conveniente que renunciara a obtener información al respecto. ¿A quién podría pedírsela? Y ¿qué sentido tendría hacerlo? Muchas cosas le dirían sobre mí, pero ¿bastarían para tranquilizarlo? ¿Qué sabría usted de mí aunque le dijeran, por ejemplo, que provengo de una gran familia, que mi padre es un hombre respetable, mis hermanos, personas hábiles y prometedoras, y yo mismo, perfectamente utilizable, un poquito veleidoso, aunque no carente de esperanzas y digno de merecer cierta confianza, etc., etc.? No sabría usted nada sobre mí ni tendría el menor motivo para emplearme, con mayor tranquilidad, como vendedor de su tienda. No, caballero, las averiguaciones, por regla general, no valen un ardite; se lo desaconsejo vivamente (si puedo permitirme aconsejar a un señor mayor como usted), porque sé que si estuviera en mi poder y en mi naturaleza engañarle y defraudar las esperanzas que usted, basado en esas averiguaciones, hubiera depositado en mí, lo haría en tanta mayor escala cuanto mejores fueran dichos informes, que sólo habrían mentido al decir de mí cosas buenas. No, caballero, si piensa usted emplearme le ruego mostrar algo más de valor que la mayoría de los jefes con los que he tenido que vérmelas, y contratarme según la impresión que ahora pue-

da causarle. Además, si quiere que le diga la verdad, los informes que sobre mí obtuviera sólo podrían ser negativos.

—¿Ajá? ¿Y por qué?

—De todos los puestos donde he estado —prosiguió el joven— me he marchado pronto porque no me apetecía derrochar mis energías juveniles en la estrechez y el letargo de las copisterías, aunque en opinión de todos se tratara de las más prestigiosas, como son las oficinas bancarias, por ejemplo. Jamás me han expulsado de ningún lugar hasta la fecha; siempre me he marchado por el mero placer de dejar puestos y oficios que, si bien prometían carrera y sabe Dios qué otras cosas, me habrían matado de haberme quedado en ellos. En todos los lugares donde he estado han lamentado, en general, mi salida, deplorando mi forma de actuar y augurándome un mal futuro; aunque también han tenido la delicadeza de desearme éxito en mi carrera ulterior. En su tienda, señor librero —y aquí la voz del joven adquirió un súbito tono de sinceridad—, estoy seguro de que pasaré algunos años. En cualquier caso, existen muchas y muy fundadas razones para que se anime a hacer un intento conmigo.

El librero respondió:

—Me gusta su franqueza; le haré trabajar ocho días en mi tienda a título de prueba. Si veo que vale y tiene visos de querer quedarse más tiempo, volveremos a hablar.

Y con estas palabras, que marcaron a la vez el despido provisional del joven aspirante al puesto, pulsó el viejo un timbre eléctrico a cuyo llamado, y como traído por una ráfaga de viento, apareció un hombrecillo anciano, de gafas.

—¡Déle trabajo a este joven!

Las gafas asintieron. Y Simon quedó así convertido en ayudante de librero. Simon, sí, pues tal era su nombre.

Por entonces, uno de los hermanos de Simon, el doctor Klaus, domiciliado en una capital cantonal y muy conocido en ella, vivía preocupado por el comportamiento de su joven hermano. Era un hombre bueno, tranquilo y cumplidor

de sus deberes, que hubiera visto con sumo agrado que sus hermanos, al igual que él, el mayor, llegasen a ocupar una sólida y respetable posición en la vida. Mas no era éste precisamente el caso, al menos hasta entonces, y a tal punto era más bien lo contrario que el doctor Klaus empezó, en su corazón, a hacerse toda suerte de reproches. Se decía por ejemplo: «Hace ya tiempo que hubiera debido ocuparme de encauzar a estos hermanos por el buen camino. Hasta ahora los he tenido abandonados. ¿Cómo he podido descuidar este deber?, etc., etc.». El doctor Klaus conocía miles de deberes grandes y pequeños, y a veces hasta daba la impresión de echar en falta algunos más. Era una de esas personas que, impelidas por el imperativo de cumplir con su deber, se precipitan en un edificio ruinoso y construido enteramente con deberes ímprobos, por miedo a que alguna obligación recóndita y poco evidente pudiera, llegado el caso, írsele de las manos. Se imponen muchas horas de inquietud por aquellos deberes no cumplidos, sin pensar que un deber deposita siempre otro, nuevo, sobre los hombros de quien ha asumido el primero, y creen haber cumplido con algo parecido a una obligación sintiéndose inquietos y angustiados por su aún oscura existencia. Se enredan con facilidad en muchas cosas que, si las considerasen con más calma, no tendrían por qué importarles, y quisieran ver a los demás tan cargados de preocupaciones como ellos mismos. Suelen mirar con envidia a los desprejuiciados y exentos de obligaciones, y echarles luego en cara su irreflexión y falta de escrúpulos al ir tan campantes por la vida, con la cabeza tan fácilmente erguida. El doctor Klaus se imponía a veces algún descuido mínimo, modesto, aunque luego volvía siempre al gris y sombrío mundo de sus deberes, bajo cuyo conjuro languidecía como en una prisión oscura. Quizás alguna vez, cuando todavía era joven, tuvo ganas de cortar por lo sano, pero le faltaron fuerzas para dejar tras de sí, sin darle cumplimiento, algo que parecía un deber monitorio, soslayándolo con una sonrisa

de desdén. ¿Desdén? ¡Qué va: él nunca desdeñaba nada! Pensaba que, de haber querido intentarlo alguna vez, habría salido muy mal parado y siempre hubiera recordado con pesar el objeto de su desdén. Jamás despreciaba nada, y perdía su joven vida disponiendo y analizando cosas en absoluto dignas de análisis, examen, cariño o consideración alguna. Así se fue haciendo mayor, y como no era un hombre carente de sensibilidad ni fantasía, muchas veces se reprochaba acremente no haber atendido la obligación de ser él mismo un poquito feliz. Era ésta una omisión más, que venía a demostrar muy a las claras que justamente las personas con mayor sentido del deber jamás logran cumplir con todas sus obligaciones, que hasta puede resultarles más fácil desatender sus deberes principales para recordarlos sólo al cabo de un tiempo, cuando quizás ya sea demasiado tarde. Más de una vez el doctor Klaus había pensado en sí mismo con cierta tristeza, evocando una dicha entrañable que se le había escapado, la dicha de verse unido a una muchacha joven y amorosa que, por supuesto, hubiera debido proceder de una familia irreprochable. Uno de esos días en que pensaba en sí mismo con melancolía, escribió a su hermano Simon, por quien sentía un cariño sincero y cuya manera de enfrentarse al mundo lo inquietaba, una carta en la que le decía más o menos lo siguiente:

Querido hermano: No pareces dispuesto a escribir ni una palabra sobre ti. A lo mejor las cosas te van mal y por eso no escribes. Estás una vez más, como tantas otras, sin un trabajo fijo y regular: muy a mi pesar he venido a enterarme de esto, a través de terceras personas. De ti mismo no puedo esperar ya noticias sinceras, por lo visto. Y esto me duele, créeme. Con la cantidad de cosas desagradables que pesan sobre mí actualmente, ¿tienes que contribuir también tú, de quien siempre había esperado tanto, a ensombrecer mi estado de ánimo que, por muchas razones, no es precisamente de color de rosa? No he perdido

las esperanzas, pero si aún sientes algún cariño por tu hermano, no me hagas seguir esperando vanamente en ti mucho tiempo. Haz, de una vez por todas, algo que justifique el seguir creyendo en ti de una forma u otra. Tienes talento y posees —me complace imaginarlo— una mente clara; además eres inteligente, y en todo cuanto haces o dices se ha visto reflejado siempre aquel fondo bueno que toda la vida he sospechado en tu alma. Pero ahora que sabes cómo funciona el mundo, ¿por qué sigues mostrando tan poca perseverancia y te embarcas tan rápidamente en aventuras siempre nuevas? ¿No te angustia tu forma de actuar? Debo sospechar en ti mucha energía para soportar ese continuo cambio de ocupación, que a nada conduce en esta vida. Yo, en tu lugar, habría desesperado de mí mismo hace ya tiempo. La verdad es que no te entiendo en este punto, pero justamente por eso no pierdo las esperanzas de verte seguir con firmeza una carrera cuando te hayas hartado de comprobar que sin paciencia y buena voluntad no se consigue nada en esta vida. Y tú, sin duda, querrás conseguir algo. Tan falto de ambiciones tampoco eres, al menos que yo sepa. Mi consejo es el siguiente: persevera, resígnate a trabajar durante tres o cuatro breves años, obedece a tus superiores, demuestra que eres capaz de rendir, pero también que tienes carácter, y se te abrirá un camino que te llevará por todo el mundo conocido, si es que te apetece viajar. El mundo y la gente te mostrarán una cara totalmente nueva si de verdad eres alguien, si puedes significar algo para el mundo. Y así encontrarás tal vez, me parece, mucha más satisfacción en la vida que un hombre sabio, que si bien conoce perfectamente los hilos de los que depende todo cuanto vive y actúa, permanece atado al estrecho mundo de su cuarto de estudio, donde a menudo —y puedo decírtelo por experiencia personal— no se halla muy a gusto que digamos. Aún estás a tiempo de convertirte en un comerciante extraordinariamente hábil, y no sabes hasta qué punto un comerciante tiene oportunidades de transformar su propia vida en otra muy intensa y plena. Tal como ahora eres, no haces sino deslizarte por los rinco-

nes y hendiduras de la vida: hay que acabar con esto. Quizá hubiera debido intervenir antes, mucho antes, quizá hubiera debido ayudarte más con hechos que con simples palabras de estímulo, pero no sé si con tu carácter orgulloso y siempre dispuesto a ayudarte a ti mismo en todas partes, no te hubiera ofendido en vez de convencerte de verdad. ¿En qué ocupas ahora tus días? Anda, cuéntamelo. Tal vez merezca, dadas las preocupaciones que me causas, que seas un poco más locuaz y comunicativo conmigo. Pues ¿quién soy yo después de todo para que la gente evite abordarme con naturalidad y confianza? ¿Me tienes miedo acaso? ¿Qué hay en mí de evitable? ¿Acaso el hecho de que sea el «mayor» y tal vez sepa algo más que tú? Pues has de saber que me encantaría ser otra vez joven, irreflexivo e ignorante. No estoy tan contento, querido hermano, como debiera estarlo un ser humano. No soy feliz. Quizá sea demasiado tarde para que acceda a la felicidad. Estoy en una edad en la que el hombre que no tiene todavía un hogar propio piensa, no sin una nostalgia dolorosísima, en los afortunados que tienen la alegría de ver a una mujer joven al frente de su casa. Amar a una muchacha es algo bello, hermano. Y me ha sido negado. Pues no, no tienes por qué temerme, soy yo quien vuelve a buscarte, quien te escribe, quien espera recibir una respuesta confiada y cariñosa. Tal vez seas más rico que yo, tengas más esperanzas y mucho más derecho a abrigo, quizá tengas proyectos y perspectivas con los que yo ni siquiera sueño; la verdad es que ya no te conozco del todo, ¿cómo sería esto posible después de tantos años de alejamiento? Permíteme conocerte de nuevo y oblígate a escribirme. Tal vez aún me sea dado ver felices a todos mis hermanos; a ti, en cualquier caso, quisiera saberte contento. ¿Qué es de Kaspar? ¿Os escribís? ¿Cómo va su arte? También me encantaría saber algo de él. Adiós, hermano. Quizá volvamos a hablarnos pronto. Tu

Klaus.

Al cabo de ocho días se presentó Simon en el despacho de su jefe —ya era de noche— y le dirigió el siguiente discurso:

—Usted me ha desilusionado, y no ponga esa cara de sorpresa, ya es imposible cambiar nada: hoy mismo me iré de su tienda y le ruego que me pague mi sueldo. Déjeme terminar, por favor. Sé demasiado bien lo que quiero. En estos ochos días el trabajo en la librería se me ha vuelto aborrecible si ha de consistir en pasarse el día entero, desde la mañana hasta bien entrada la noche, mientras allá fuera brilla un suavísimo sol invernal, de pie junto a un escritorio, con el espinazo curvado porque el mueble es demasiado pequeño para mi estatura, y en escribir como cualquier amanuense de mala muerte, cumpliendo una labor que no se aviene nada bien con mi carácter. Puedo hacer cosas muy distintas, mi estimado señor librero, de las que aquí tienen a bien confiarme. Creí que en su tienda podría vender libros, atender a un público elegante, hacer una reverencia y decir adiós a los clientes que se dispusieran a abandonar la librería. También creí que tendría oportunidad de echar una ojeada a los arcanos del comercio de libros y captar al vuelo los rasgos del mundo en el rostro y la marcha del negocio. Mas no hubo nada de todo esto. ¿Cree acaso que mi juventud está atravesando un momento tan malo que me obligue a asfixiarla y encorvarla en una librería perfectamente inútil? También se equivoca usted, por ejemplo, si piensa que la espalda de un joven está ahí para encorvarse. ¿Por qué no me asignó un buen escritorio o un pupitre decente, que se adaptara a mi talla? ¿No hay acaso magníficos escritorios de estilo americano? Si se quiere tener un empleado, digo yo, es preciso saber también instalarlo. Y esto es algo que usted, según parece, ignoraba. Sa-be Dios todo lo que se le exige a un joven principiante: diligencia, fidelidad, puntualidad, tacto, lucidez, modestia, mesura, perspicacia y quién sabe cuántas cosas más. Sin embargo, ¿a quién se le ocurriría exigirle una virtud cual-

quiera a un señor jefe? ¿Debo acaso echar por la borda mis energías, mi deseo de hacer cosas, la alegría que me inspiro a mí mismo y mis brillantísimos talentos detrás del viejo, miserable y estrecho escritorio de una librería? No, antes que hacer algo así preferiría alistarme como soldado y vender totalmente mi libertad, para no volver a poseerla nunca más. No me gusta, estimado señor, poseer algo a medias; prefiero contarme entre los que nada tienen, al menos así mi alma aún será mía. Pensará que es poco decoroso hablar con tanta vehemencia y que éste tampoco es el lugar apropiado para hacerlo: pues bien, aquí me callo, págume lo que me corresponde y no volverá a verme nunca más.

El viejo librero se quedó de una pieza al oír hablar así a ese jovencito tímido y tranquilo que tan a conciencia había trabajado aquellos ocho días. De la habitación contigua se asomaron cinco cabezas de empleados y dependientes para observar y escuchar la escena. El anciano dijo:

—De haber sospechado esto de usted, señor Simon, me lo hubiera pensado dos veces antes de darle trabajo en mi tienda. Parece usted una persona extrañamente inconstante. Como no le cuadra un escritorio, lo demás tampoco le cuadra. ¿De qué parte del mundo es usted? ¿Son allí los otros jóvenes de su misma calaña? Mire qué papel está haciendo ahora frente a mí, un hombre viejo. Ni usted mismo sabe lo que realmente quiere en esa cabecita inmadura. Bueno, no pienso retenerlo en mi tienda; aquí tiene su dinero, pero, francamente, este asunto no me ha gustado nada.

Y el librero le dio la paga, que Simon se guardó en el bolsillo.

Cuando llegó a su casa, vio la carta de su hermano sobre la mesa, la leyó y pensó en su fuero interno: «Es un buen tipo, pero no le escribiré. No sé cómo describir mi situación, y tampoco vale la pena hacerlo. No tengo ninguna razón para quejarme ni, menos aún, para dar saltos de alegría; sí, en cambio, miles de razones para guardar silencio.

Es cierto lo que me escribe, pero justamente por eso quiero darme por satisfecho con esa verdad. El que sea desdichado es algo que tendrá que arreglar consigo mismo, aunque no creo que lo sea tanto. En las cartas se suele dar esta impresión. Al escribir nos vamos dejando arrastrar y acabamos diciendo imprudencias. En las cartas el alma siempre quiere tomar la palabra y por lo general hace el ridículo. Por eso prefiero no escribir». Y con esto dio por terminado el asunto. Simon estaba lleno de ideas, de ideas estupendas. Cuando pensaba, le venían sin querer ideas estupendas. A la mañana siguiente, bajo un sol que cegaba, se presentó en la oficina de empleo. El hombre que estaba allí sentado escribiendo se puso en pie. Conocía muy bien a Simon y solía tratarlo con una especie de familiaridad burlona y simpática.

—¡Ah, Herr Simon! ¡Nuevamente por aquí! ¿Qué asunto lo trae por estos lares?

—Busco un empleo.

—Ya son muchas las veces que ha buscado empleo en nuestra oficina; casi me atrevería a decir que busca usted empleos con una celeridad inquietante —el tipo se echó a reír, pero sin ruido, porque era incapaz de soltar una risotada brusca—. ¿Cuál fue su último trabajo, si no es indiscreción?

Simon replicó:

—Era enfermero, y quedó claro que tengo todos los atributos necesarios para poder cuidar enfermos. ¿Por qué se asombra tanto de que empiece así? ¿Es tan terriblemente extraño que un hombre de mi edad practique oficios distintos, que intente ser útil a la gente más diversa? En mí lo encuentro hermoso, porque lo que hago exige valor. Mi orgullo no se siente ofendido en absoluto; por el contrario: presumo un poco de poder resolver cualquier tarea que me imponga la vida y de no temblar ante dificultades frente a las que la mayoría de la gente se arredra. Pueden necesitar-

me, y esta certeza basta para satisfacer mi orgullo. Quiero ser útil.

—¿Y por qué entonces no siguió trabajando de enfermero? —preguntó el hombre.

—No tengo tiempo para quedarme en una sola y única profesión —replicó Simon—, y jamás se me ocurriría, como a muchos otros, echarme a descansar en un oficio como en una cama de muelles. No, jamás lo conseguiría, ni aunque llegase a tener mil años. Preferiría ser soldado.

—Tenga cuidado, no sea que acabe así.

—También hay otras salidas. Lo de ser soldado es un decir mío, con el cual me he acostumbrado a terminar mis discursos. ¿Qué salidas no tendría un joven como yo? En el verano puedo ir al campo y ayudar a un campesino a guardar a tiempo la cosecha en sus graneros: me recibirá bien y apreciará mi fuerza. Me dará de comer, buena comida, pues se cocina bien en el campo; cuando me vaya pondrá en mi mano algún dinero en efectivo, y su joven hija, una chiquilla fresca y guapísima, me sonreirá con tanta gracia al despedirse que me quedaré pensando un rato largo en ella al proseguir mi camino. ¿Qué tiene de malo dar caminatas, aunque llueva o esté nevando, si se posee un par de piernas sanas y se dejan en casa las preocupaciones? Usted, en la estrechez de su rincón, no se imagina lo delicioso que es correr por los caminos del campo. ¿Que son polvorientos? Pues sí, lo son, ¿qué más da? Y luego buscarse un lugarcito fresco a orillas de un bosque, donde la mirada disfrute de un panorama espléndido estando uno echado, donde los sentidos hallen reposo en forma natural y los pensamientos puedan discurrir a su antojo. Me dirá usted que cualquier otro, usted mismo, por ejemplo, podría hacer esto en sus vacaciones. Pero ¿qué son las vacaciones? No puedo evitar reírme al pensar en ellas. No quiero tener nada que ver con vacaciones. Las detesto. No se le ocurra ofrecerme un puesto con vacaciones. Para mí no tienen ningún atractivo; me moriría si me dieran vacaciones. Quiero luchar con la vi-

da hasta hundirme yo solo, no quiero saborear la libertad ni las comodidades, odio la libertad cuando me la tiran a la cara como se tira un hueso a un perro. Esto es lo que pienso de sus vacaciones. Si cree tener ante sí a un hombre deseoso de vacaciones, se equivoca, aunque, por desgracia, tengo mis motivos para suponer que piensa así de mí.

—Aquí hay un puesto de pasante de abogado que está libre por un mes, más o menos. ¿Le conviene?

—Por cierto, caballero.

Y Simon entró a trabajar con el abogado. Ganó una apreciable sumita y pasó una temporada muy feliz. Nunca encontró el mundo tan hermoso como cuando estuvo con ese abogado. Conoció gente agradable, copiaba con facilidad y sin fatigarse el día entero, verificaba cuentas, escribía al dictado, tarea en la que era un experto consumado y, para asombro suyo, se portaba espléndidamente —al punto de que su jefe se preocupaba mucho por él—, bebía cada tarde su taza de té y al escribir soñaba mirando por la ventana el aire diáfano y luminoso. Soñar sin descuidar sus deberes era algo que sabía hacer de maravilla. «Estoy ganando tanto», pensaba, «que podría buscarme una chica». Muchas veces, mientras trabajaba, la luz de la luna entraba por la ventana, embelesándolo.

Hablando un día con su amiguita Rosa, Simon le dijo lo siguiente:

—Mi abogado tiene una nariz larga y encarnada y es un tirano, pero me llevo muy bien con él. Encuentro divertido su carácter gruñón e imperioso, y me asombra ver lo bien que obedezco todas sus órdenes, a menudo injustas. Me gusta que a veces la relación se ponga un poco tensa, me conviene: me eleva a cierta altura cálida y estimula mis ganas de trabajar. Tiene una esposa bella y esbelta, que me agradaría retratar si fuera pintor. Los ojos de esa mujer son, créame, enormes y maravillosos, y sus brazos, espléndidos. Muchas veces hace algún trabajito en el despacho; ¡con qué desprecio me mirará entonces a mí, pobre amanuense!

Tiemblo al ver ese tipo de mujeres, y sin embargo soy feliz. ¿Se ríe? Con usted, por desgracia, estoy acostumbrado a ser sincero y hablar sin tapujos, y espero que sepa apreciarlo.

Efectivamente, a Rosa le gustaba que fueran sinceros con ella. Era una muchacha extraordinaria. Sus ojos tenían un brillo fabuloso, y sus labios eran simplemente perfectos.

Simon prosiguió:

—Cuando voy a trabajar a las ocho de la mañana, me siento increíblemente solidario con todos los que también tienen que entrar a las ocho de la mañana. ¡Qué gran cuartel, esta vida moderna! Y no obstante ¡qué hermosa y rica en ideas es justamente esta uniformidad! Anhelamos constantemente algo que debería ocurrirnos, que debería salirnos al paso. ¡Es tan poco lo que poseemos! ¡Somos tan pobres diablos! ¡Nos sentimos tan perdidos en medio de todo ese culturalismo, de todo ese orden y esa exactitud! Subo los cuatro pisos por la escalera, entro, doy los buenos días y empiezo a trabajar. ¡Dios mío! ¡Qué poco debo rendir! ¡Qué pocos conocimientos se me exigen! ¡Qué poco parecen sospechar que también podría hacer cosas muy distintas! Pero ahora me viene muy bien esta espléndida falta de exigencias por parte de quienes me dan trabajo. Puedo pensar mientras trabajo, tengo grandes probabilidades de convertirme en pensador. ¡Pienso en usted con frecuencia!

Rosa se rió:

—Es usted un pillo, pero continúe, lo que dice me interesa.

—El mundo es realmente fabuloso —prosiguió Simon—, puedo sentarme aquí, a su lado, y nadie me impide charlar con usted horas enteras. Sé que le gusta escucharme. Encuentra que tengo cierta gracia al hablar, y ahora tendré que reírme mucho para mis adentros por haber dicho esto. Pero resulta que yo digo todo lo que me pasa por la cabeza, aunque sea, por ejemplo, un autoelogio. Con la misma facilidad puedo también criticarme, e incluso me alegra te-